

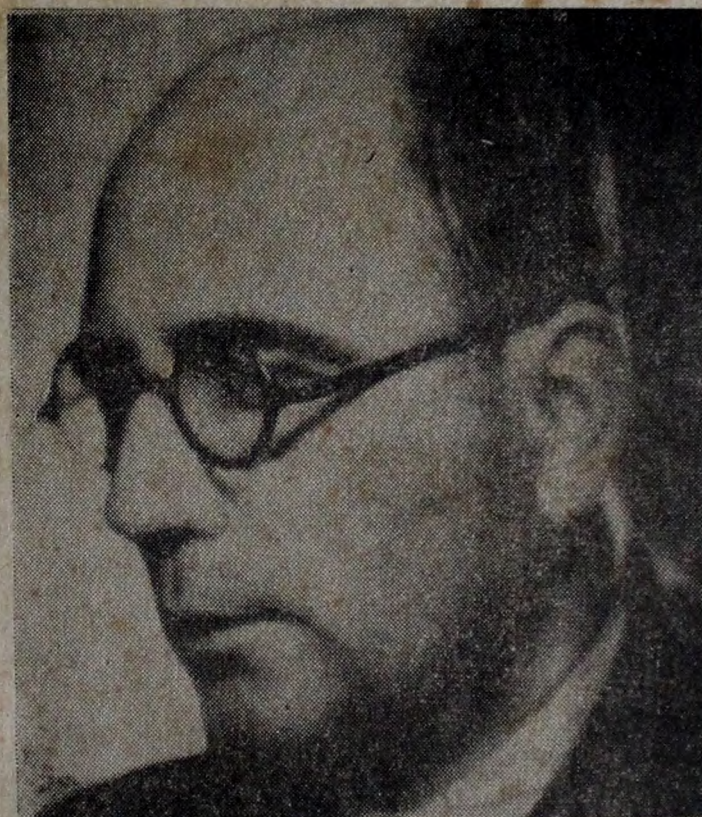


Consejo Nacional de Educación

Consejo de Educación Primaria

Inspección Departamental de Treinta y Tres

Intendencia Municipal de Treinta y Tres



PEDRO LEANDRO IPUCHE

Antología escolar en homenaje a la obtención del Premio Nacional de Literatura

Prólogo de Julio C. Da Rosa

A LOS NIÑOS Y MAESTROS

NIÑOS: Entregamos una antología escolar de la obra literaria de PEDRO LEANDRO IPUCHE. Trabajo difícil para cumplir con la misión de llegar a ustedes para tributar el homenaje por conquistar el Premio Nacional de Literatura otorgado por el Ministerio de Educación y Cultura.

La verdadera distinción que os debéis elaborar es interpretar su poesía y sus narraciones por los distintos medios de expresión.

A través de su obra váis a conocer su propia vida con sus valores intelectuales, humanos, artísticos y morales que se manifestaron desde los primeros años.

Os aseguramos, que cuanto más léais sus obras, más deseos encontrareis de continuar, para vivir y revivir, la frescura, sinceridad, sensibilidad y armonía de una infancia feliz, que continúa. Unida a ella, un profundo amor a su tierra natal, nuestro Treinta y Tres y más aún... En el lema de una de sus obras manifiesta: "Bendice tu destino americano. Agradece a tu estrella haber nacido en el Uruguay".

MAESTROS: Hacer sentir la obra de IPUCHE, es lograr la resonancia conjunta del amor lugareño, con delicada intuición telúfica hacia la naturaleza; con la sincera responsabilidad de incitar potencialidades que se polaricen hacia el goce genuino de una serena estética que vibra en su obra, y para terminar, veamos expresar su fé en el Maestro:

(Respuesta enviada a un escolar, en el año 1962, al solicitársele un ejemplar de Chongo)

"Recibí el pedido con emoción. Ahí va el Chonguito, al trote, a conocerlos y a reconocer los lugares de sus hazañas.

Niños: Quieran mucho a Chonguito. Y, como él, sigan a los maestros que los conducen e ilustran. Les puedo asegurar que el fervor a la cultura me fue despertado y estimulado por una maestra de Treinta y Tres: Felipa Arbeniz.

Lo que soy hoy empezó con ella.

Espero verlos y entretenerlos muy pronto.

Pedro Leandro Ipuche".

René Fabeiro Llano de Pereira
Inspectora Deptal. de T. y Tres.-



SALUDO AL PATRIARCA

Porque nació en Treinta y Tres del Olimar hace ochenta y seis años y más; y a la levadura de su imperecedero amor por la madre tierra que alentó su genio creador, la literatura nacional debe gran parte del pan cimarrón del Nativismo, la más uruguaya de cuantas innovaciones ha recibido el arte de escribir, por cuyo intermedio fue posible el tránsito desde el gauchismo romántico y la decadencia modernista, al auténtico criollismo telúrico;

Porque desde 1910, cuando emergió con su "Canto al Centenario", hasta la fecha, ha recorrido con dignidad y grandeza todos los géneros de la creación escrita, a través de veintitantos libros publicados y no se sabe cuántos inéditos; conquistó todos los lauros que puede recibir aquí quien como él no haya pedido a nadie, más que un sencillito refugio don-

de escribir en paz, en amor, en libertad y en sinceridad, esto es: millares de lectores, diversos premios, el juicio aclamatorio de los más severos jueces, un sillón en la Academia Nacional de Letras, y ahora la máxima distinción que otorga el Estado a los orientales más preclaros en el ámbito del arte literario - el Gran Premio Nacional de Literatura - en su caso por intermedio de un jurado presidido por el Rector de la Universidad de la República, cuya unanimidad conjugó las más diversas representaciones y tendencias intelectuales, y suscitó los más encendidos elogios a la persona y a la personalidad artística del triunfador;

Porque de su lírica dijo Gabriela Mistral: "... Poesía potra por lo muscular; bruta, por sus asperezas de piedra, pero ¿cuál como ella en su olor a campo felino y salvaje?..."; y dijo Francisco Espínola que él repitió la proeza de Rubén Darío; y dijo Domingo Luis Bordoli: "... que su obra es la presencia lírica más profundamente nacional. No hay nada más nuestro" que él; y

dijo Arturo Sergio Visca que en su narrativa "anda siempre suelto, y enredado en las líneas parejas de la prosa, el duende de la poesía";

Porque al modo de los grandes maestros en el quehacer que eligió por vocación acendrada, nos enseña que no es preciso hacerse el olvidado del pequeño rincón donde se nace y se es, niño, para integrarse como quien más al inmenso territorio de la creación artística universal; pues para llegar adonde ha llegado haciendo lo que ha hecho, no ha sentido vergüenza de ser treintaitresino, ni la necesidad de cambiarles el nombre al Olimar o a la Quebrada de los Cuervos, ni asco de tutearse hermano a hermano con la vieja Fernanda Soto y el Chongo de sus andanzas escolares; antes bien, nos ha demostrado una vez más que - desde las mil y una noche del fondo de los tiempos bárbaros, hasta las centurias soledosas de plena espuma de civilización - la comarca, el pago, el lar, la casa paterna, los útiles familiares, por baratos, viejos e inservibles que puedan parecernos de tan domésticos, cotidianos y usados, siempre serán cantera virgen para un verdadero artista; de ahí que para el arte tanto valgan el cosmos como la Isla Patrulla; Troya, Roma, París, Manhattan, la Pampa o la Tierra Purpúrea, como los arrabales de San José de Mayo, el pueblito del Parao o Minas y sus alrededores, como todas las Santas Marías y Macondos que puedan inventarse;

Porque así reivindicó para nosotros, tras una lucha desigual y ardua (sobre todo en estos últimos tiempos tan adversos a toda medida normal en materia de concepciones estético-literarias), la vigencia del mundo chico de los verdes años de la vida, como irrenunciable matriz - por lo menos mientras aceptamos nuestra calidad de terrícolas - de toda vertiente personal hacia cualquiera de los puntos cardinales del humano quehacer;

Porque para acceder a las alturas que hoy comparte con tantos elegidos por sus talentos y virtudes, jamás necesitó empinarse por encima del humano placer de ser hijo, esposo, padre, abuelo, amigo y prójimo, conforme a la antigua usanza del pago viejo, donde y cuando siempre hubo - y ojalá por siempre haya - un holgado sitio para la capacidad de admiración de los hombres, ante la presencia de un hombre total;

Porque con el viejo tronco de su "gauchismo cósmico" a cuestas, y paladeando su "Olimar mi viejo río", "anduvo, anduvo, anduvo"... y lo vieron los días y las tardes y las noches de setenta demorados años de ahincada porfía, hasta este momento en que yergue su "alta testa" de campeón, ante la "conmovida casta" solariega;

Por todo cuanto queda dicho, y por mucho más que aunque no se diga aquí, dicho o hecho está, yo me descubro con recogido respeto ante la hermosa figura de este abuelo-maestro oloroso de esencias terruñeras, tan cargado de años como de glorias; e invocando la quinta acepción de la palabra "patriarca" en el Diccionario de la Real Academia de la lengua madre ("Persona que por su edad y sabiduría ejerce autoridad moral en una familia o en una colectividad"), le digo con la más agradecida, cariñosa y emocionada voz del fondo del alma: ¡Salud, don Pedro del Olimar; salud, Patriarca de Treinta y Tres!

JULIO C. DA ROSA

RASGOS BIOGRAFICOS

Pedro Leandro Ipache nació en el departamento de Treinta y Tres, el 13 de marzo de 1889, cuarto hijo de una familia constituida por siete vástagos, del hogar formado por Juan Bautista Ipache y Beatriz Mariño.

Desde muy temprana edad se despertó en él la vocación literaria. Así lo manifiesta en una entrevista de carácter autobiográfico: "... digo, pues que siendo un niño al hablar del futuro en rueda casera o al contestar preguntas de compañeros escolares, solía declarar con desenvoltura pretenciosa que pensaba ser poeta..."

"Lo cierto es que, llevando todavía pantalón corto, empecé a celebrar carreras, noviazgos, cumpleaños y casamientos con versitos de ocho sílabas y décimas campanudas"

Su inclinación por las letras le llevó poco después a fundar un periódico manuscrito que circula entre sus allegados, el cual llevaba el sorprendente nombre de "Los Chicharrones".

Durante este período de su vida, alterna las mencionadas actividades literarias, con otras actividades artísticas, tales como la música, integrando la banda formada por su padre. Tales experiencias son las que van a complementar la formación de la faz lírica del poeta.

En 1905, se traslada a Montevideo, donde se radicará definitivamente, dedicándose con verdadero entusiasmo a la labor de escritor, pues ya se ha revelado claramente en él, una verdadera vocación artística.

Desde entonces su vasta obra se ha integrado por composiciones en prosa y en verso que abarcan un largo período en la historia de nuestra literatura.

OBRAS PUBLICADAS

VERSO:

ENGARCES (1912-1922) .-- Medalla de Oro "Pro Aris et Focis". 1916.

ALAS NUEVAS (1922)

TIERRA HONDA (1924)

JUBILO Y MIEDO (1926)

RUMBO DESNUDO (1929)

TIERRA CELESTE (1938)

LA LLAVE DE LA SOMBRA (1942)

Toda esta producción poética, que abarca treinta años, se halla unida y ajustada en un tomo que lleva por título:

CAMINOS DEL CANTO (Medalla de Oro del Ministerio de Instrucción Pública)

LA ESPIGA VOLUNTARIA (1949)

DILUCIONES (1955)

AIRE FIEL (1964)

PROSA

FERNANDA SOTO (1931)

ISLA PATRULLA (1935)

EL YESQUERO DEL FANTASMA (1943)

CUENTOS DEL FANTASMA (1946)

DINO, EL REY NIÑO (1948). (Estreno Comedia Nacional)

ALMA EN EL AIRE (1952)

CESAR MAYO GUTIERREZ (1953)

LA QUEBRADA DE LOS CUERVOS (1954)

CARAS CON ALMA (1957)

EL MILAGRO DE MONTEVIDEO (1958)

HOMBRES Y NOMBRES (1959)

CHONGO (1961)

LA DEFENSA DE PAYSANDU (1962)

FANTASMAS TENACES (1969)

AMANECE

(De: "AIRE FIEL")

Amanece

Por el Levante el cielo ha puesto un circo.

Las barras del día

Vienen afirmando,

Como paralelas,

La entrada y salida

De la claridad.

Orión - verticalmente - coloca su trapecio.

El lucero - cimbrante -

Se cuelga de él y hace sus pruebas,

Su percha, sus cambotes.

... El toldo del cielo se aleja.

Las últimas estrellas aplauden... se retiran.

¡ QUE LINDO !

(De: "AIRE FIEL")

¡Qué lindo es ver hacerse el día
Como naciente sinfonía!

El aire tona al árbol de instrumento.
El sol brinca en sus círculos, contento.

La luz alegre, eléctrica, veloz,
Abre y disuelve la tiniebla atroz.

Triunfo de la mañana,
Gira la tierra como una campana.

EL IRIS (fragmento)

(De: "TIERRA CELESTE")

I

El iris puso sobre el mar un puente
Y acercó cielo y mar.

Las aguas libres con las aguas bajas.

Las alas con las olas.

Las olas siguen preparándose alas...

Y desde el horizonte, cielo y mar
Vienen tiñendo el mundo
Con el ojo del puente mágico.

LA PAJARERA NATIVA

(De: "ENGARCES")

Vamos a ver los pájaros nativos
Entre sierras, bañados y bosqueje;
Por la llanura de los verdes vivos
Donde el cardo corona al flechillaje.

Vamos a ver los pájaros altivos
Con su alerta uruguayo de coraje,
Y los que sólo tejen - sensitivos -
El silbo con más íntimo cordaje.

Vamos a verlos, vamos a sentirlos,
Vamos a sorprenderlos, a seguirlos,
A detenerlos en el jubileo
Del soneto seguro y polifono,
Arqueta del caudal ornitófono
Donde la música del pago veo.

EL TERU-TERO

Guardián agudo de su chica tierra
En los llanos de olor, sobre el estero,
Entre denso bañado, bajo sierra,
Se oye idéntico el grito: tero... tero...

Su fantástica gracia de vocero
Es emblema en los términos que cierra
El Uruguay con su fluvial llavero
Y el Yaguarón con su palmar de guerra.

Ingenioso y celoso, esconde el niño;
Y cuando un atrevido en lo tupido
Del pajonal sorprende su vivienda,
El centinela de la patria acude
Con el rojo puón, clama y sacude
Su airón como penacho de leyenda.

EL CHURRINCHE

Robusto, apasionado, delirante,
Era aquel indio nuestro. Pero un día
En un duelo dispar, fiero y distante,
Una espada su pecho enrojecía.

Fue un español que, con mano sombría,
la tizona clavó en aquel gigante
Inerme. Y en la clámide envolvía
El cuerpo de la india traicionante.

El charrúa en sus trágicos lamentos
Maldijo al español, aulló a los vientos,
A Añang mandó que la traición vengara;

Y del último timbre de sus venas
Voló el churrinche con las plumas llenas
De una sangre caliente, eterna y clara.

EL CHAJA

No existía la raza. Trashumantes,
Cortaban las vacías extensiones
Manadas de crueles cimarrones
- Agudos dientes, ojos carburantes,-
Y ya el chajá de antenas vigilantes,
Dueño del pajonal y los zarzones
Tiraba a los espacios atenciones
De libertad, con gritos resonantes.

Rodea el nido con yoá y achira;
Sube tanto que en vano se le mira;
Es joven todavía a los cien años.

Entre espadaña y junco señorea,
Y al ver un extranjero parpadea
Con los ojos eclécticos y hurafios.

EL NANDU

Autóctono Nandú de nuestra América:
En el rescople de las correrías
Las boleadoras rápidas sentías
Trazar un arco de locura esférica.

Sobre la pampa muda y esotérica
Con gambetas de luz tu pluma abrías
Y la dura pisada detenías
Cuando te ataba la pasión colérica.

Con un candor de niño jugueteabas;
Con tus altos ojazos confiabas
A las veces en silbo fementido;

Pero al morderte el pelo las entrañas,
Con el callo quebrante de tus sañas
Imponías el culto de tu nido.

¡ A JUNTAR HIGOS !

(De: "BIBO DESNUDO")

¡A Juntar higos, muchachos!
Y una agilidad traviesa
Nos llevó, sueltos y alegres,
Hasta las higueras plácidas.

Era un tendal inocente
De trompos hondos de almíbar
Con un zumo de celdilla
En la estrella de la boca.

¡Viejos árboles caseros
Tan ceñidos de asperezas,
Y suaves y lactógenos,
Y coronados de frutas!

Miré al árbol ofrendante
Y cayeron en mis manos
Dos higos de los más altos
Agrietados de humedad.

Y entonces vi seriamente
Que el árbol, como los hombres,
Cuando sube, como un alma,
Siempre madura de arriba.

LA DILIGENCIA

Veo un pelotón, (De: "JUBILO Y MIEDO")
Ardiente, conocido, avanzador,
En el camino rondo y danzante de sol.

Y después tres colores de listas galopadas:
Negras, naranjas, coloradas.

Y siete caballos fundidos y lanzados
En una corriente de tambor:
Los lanceros,
Los boleros
Y el cuarteador.

¡Oh mi redante alegría, es
La diligencia de Nico Pérez a Treinta y Tres!

Vienen las valijas
En la corona pobre de la baca,
Y dentro de la caja viajera diez personas
Que por las ventanillas- ¡maravillas!
Echan las cabezas flojonas.
Y en el pescante que tabletea como matraca,
El mayoral
Silba, chista, vocea y ríe, mazorra.

La diligencia, en el camino,
Abre la cinta de su destino.

Yesquerea en la sierra
Con el acero mártir de las ruedas.

Y se tira en los ríos
Con sus júbilos bravíos.

Y fiera de polvo,
Tajeada de piedras,
Y vestida de agua,
Entra al pueblo chico, sorprendido y quebrado
Con el galope semanal.

Se detiene en la plaza;
Entrega las valijas al correo,
Y da al hotel, manso como una casa,
Los pasajeros de Montevideo.

Vacía y cansada,
Con un peón de mayoral,
Entra por la abertura de la portada
Al patio chacarero del hotel regional.

LOS ESPINEROS

(De: "TIERRA CELESTE")

¡Los espineros! ¡Los espineros!

Íbamos a bañarnos
Con la sandía sobre la cabeza.

Y ellos, desde sus nidos, en los álamos,
Nos chiflaban su pícaro presencia.

Era por las callejas del Yermal.
Frente a las chacras cándidas de Urrutia,
Bajo las cinacinas del botero.

Siempre el espinero
Con su nido de puntas, bolso y flojo,
Y su pico artero.

¡Ladrones de sandía!
¡La policía! ¡La policía!

EL MARTÍN PESCADOR

(De: "TIERRA CELESTE")

Concedor paciente
Y sutil de la íntima corriente.

Don Martín, ¡quien pudiera,
Desde el sarandízal de la ribera,
Pescar así, con su sabiduría!

El agua va para tu ojo vivo
De llamados y asuntos. Sólo sabe
Tu bonita atención, acrecentada
Por el sigilo y la pausa selvática.

El acechante pulso de tu flecha
Fija en tu pico el ejercicio cierto.

Y arrojo, pico y agua ponen indigo
Y viviente la pesca voladora.

Tú puedes enseñar
El hundimiento sabio de volar.

EL CERRO DE MENDEZ (fragmento)

ITACULUMI

(De: "AIRE FIEL")

I

Hay un cerro en Treinta y Tres
Que maneja el horizonte;
Contra el fondo del Yerbal
Su arcaica presencia pone.

Tiene traza de elefante
Mirado de los lejores,
Hundido hasta la cintura
Entre los corridos dólmene.

Ese cerro es duro símbolo
De la vigilancia ansonne:
Testigo que vio nacer
El villorrio de los próceres.

Lo llaman Cerro de Méndez
Las gentes que lo conocen;
Pero yo puedo decir
Que lleva más viejo el nombre.

Itaculumí los indios
Con su gravedad acorde
Le pusieron, porque el cerro
Era Piedra Madre entonces.

Cerro de los Arachanes:
Cuando zambullen los soles
Celeste remoto cuenta
Tus marinas immersiones...

CUANDO LA PLANTA...

(De: "LA ESPIGA VOLUNTARIA")

Cuando la planta toma forma de enredadera,
Se vuelve madre.

Suelta sobre los muros y tejidos
Sus flores andariegas y curiosas

¡Cómo siguen y crecen y se fijan,
Cándidas de matices y equilibrio!

Hijas lindas, se alejan de la madre,
Hasta que el ojo pícaro del hombre
Conduce la mano ladrona
Y arranca joyas vivas sin sentir...
Sin saber...

Que cierta madre vegetal padece.

Cada flor, cada rosa que le saquen
Es pena aguda que en el centro pica.

¡Se van las hijas a morir! ¡Se van!
Y la madre no puede valerlas.

Sujeta a sus raíces,
Atina sólo a florecer de nuevo
Con el recuerdo de las hijas ágiles
Separadas del aire maternal.

A MI RIO

(De: "ALAS NUEVAS")

- I -

Nací cerquita de un río;
Crecí al lado de sus árboles;
Y desde entonces no soy
Más que agua flexible y árbol.

Tengo del árbol la fuerza,
La levedad, las raíces,
Y esa violencia cortada
Porque lo es la tierra.

Era el viejo Río aquel
Tan conocido y tan mío,
Que, al subírmelo a los árboles,
Me abrazaba
Con el juego de sus ramas.

Y al entregarme a sus aguas,
Rozaba sus sedas frías
Por la fricción de mi piel
Sin tristeza todavía.

- II -

Olinar, mi viejo Río
De los tarzoneros bravos,
De los coronillas duros,
Y los sarandíes ágiles.

Donde entraron las mañanitas
Con su claridad traviesa;
De donde salen las noches
A sobreoger los campos,
Y escondernos los caninos.

Ese Río, mi Olinar,
Ha sido mi patria fresca,
Mi hogar de muchacho alegre,
Donde se mojó mi alma
En la primera emoción.

Yo fui el pájaro mayor
De los pájaros aquellos
Que al cantar asustado
Del misterio que venía
De sus picos levantados.
(Los pájaros en la selva
Dan miedo al niño sensible).

Yo fui un acróbata chico
De los trapecios agrestes,
Sosteniéndome en el aire,
Como en la mano de Dios.

Olinar, mi padre Río,
De los anchos mataojos,
Donde las aguas amigas,
Al volver, se reconocen.

Aquellas aguas ariscas,
Donde saltaba mi bota,
Cuando, con el remo al puño,
Me iba a lo largo del Río
- Taciturno de emoción.

Desde esta ciudad te grito
Con la nostalgia en la boca:
- Olinar, mi viejo Río,
Ya soy un hombre agrietado,
A quien atormenta la tristeza,
Y ha puesto sereno el sollozo.

- III -

Sin embargo, Río mío,
Me he conformado al saber
Que un puente ha puesto los rieles
Sobre tus árboles altos,
Y estás vencido también
Por el hombre avanzador.

Y así estamos... yo, vencido
Por el tiempo y la ciudad,
Por esta saudade terca,
Por este ritmo industrial
Que me pone primitivo
Entre mi modernidad.

Y tú, rayado y pequeño,
Por esta audacia industrial
Que nos lleva, y que nos mata,
Y nos hace tan igual!.

LAS FLORES DEL CAMALOTE

(De: "RUMBO DESNUDO")

Por abajo van las aguas
Y abriendo la luz, los árboles,
Y entre los dos van los minbres
(Van los minbres... van los minbres...)
Pulsando los correntales.

Los camelotes angélicos
Mueven sus ojos de agua
De los sauces a los minbres,
Y abrazan la correntada.

Esa flor es como el alma
Venida sobre las aguas:
La alegría el árbol de Dios,
Su ciega raíz la asusta.

Algún día ha dellegar,
Ayudada por el árbol,
Hasta las aguas de arriba
Donde fundirá los ojos.

LAS CINACINAS

(De: "RUMBO DESNUDO")

Cinacinas
Amarillas y finas:
Lentejuelas y espinas.

Sois las amigas danzantes,
Y os convidáis por los gajos
Para defender las casas
Y envolver los pueblos chicos.

Hay un puntito de sangre
En vuestros jaldes tejidos.

Sois tan fuertes y tan gráciles,
Tan volátiles y firmes,
Que el alma os toca y os sigue:
Pues Ella, como vosotras,
Flota, pero está arraigada,
Y da su gracia en ramajes,
En lentejuelas y ritmos.

Cinacinas,
Filiaurinas y finas,
Lentejuelas y espinas:
¡Cómo sé de la frescura
Y el olor de los ramajes
Y el roce del hojorío!

¡Cómo aprendieron mis nervios
A hacer danzar las ideas
Al ver los gajos bailando!

¡Cómo recuerdo los cercos
Crespos de mi pueblo agreste
Atado por los ramajes
Rubios de vuestra amistad!

Cinacinas
Danzarinas
De lentejuelas y espinas...

UN DIA...

(De: "ENGARCE")

Un día.
De una triste y nueva y alegre alegría,
Un sulky de cuento, liviano,
Llegó al portón
De mi caserón
Provinciano.

- Ya te vas - me decían
Los hermanos.
- Ya te vas... - repetían.

Abrazos húmedos de alejamiento.
Una tía
Lloraba y reía.
Como la verbabuena era su sentimiento.

Mi madre me miró con seriedad.

Partimos...

Se me iba haciendo elástico el cariño...
Alargaba los ojos... las manos ... y mis nervios de niño...

Atravesamos el Olimar
En un bote atrevido del lugar
A remo bravo cruzamos el río.
Tapadora creciente lo hizo mar.
Río mío:
Sombra y olores, pájaros, misterio,
Y yo el pergenio natural.

Un día,
De una triste y linda y andante alegría...

ENTRE LA BARRANCA

(De: "LA ESPIGA VOLUNTARIA")

Pues entre la barranca
Y la orilla del río,
Va un callejón que sabe muchas cosas
Y vive de doble manera.

Cuando crece el río,
El agua lo cubre y levanta.

Entonces, no existe. La vida lo pone debajo.

Los peces lo tienen de fondo;
Los botes le mandan de arriba la sombra remada,
Y a veces
Un naufragio que llega de lejos
Se asoma-flotante...

Vengo por el camino que ha vuelto a las andades,
Siguiendo por piso los fondos de cierta creciente.
Que los botes pasan sobre mi cabeza
Y los peces me animan de cosquillas.

¿Cómo no he de saber
(O adivinar)
La vida que anda de las maravillas?

UN CHIQUILIN

(De: "TIERRA CELESTE")

Todos los días veo un chiquilín. -Tengo un retrato donde estoy así...
Me mira serio, listo y ... muy afín. Y sigo anclado como un guaraní.
Quiero decirle: -Como tú, igualito. Me escurta con un aire que me lleva..
Era yo en Treintatrés, un indiecito... Y me voy para atrás con cara nueva
Un indiecito lindo, ojo de fruta... Y se deshace este hombre grave y duro
Y la voz queda adentro, irrescluta. En ese niño que soy yo tan puro...

TRAGEDIA DULCE

(De: "ALAS NUEVAS")

¡Estoy herido de Naturaleza!
Nací cerca de un río puro y largo
Y de una sierra crespa de aspereza
Donde nunca sentí mi genio amargo.

Un día inocentón y memorable
Vinieron a mis manos nuevas y ágiles
Unos librotos de portada amable
Que abrieron de mí ser las puertas frágiles.

¡Cuentos de iris! Ellos desplegaron
Mi espíritu infantil a todo vuelo;
Y desde entonces mis ojos buscaron
La Ciudad de Oro en lo lejos del cielo.

Y hoy, desde la Ciudad VEO mi sierra
Y mi río estirado y tan huraño,
Y siento una nostalgia que se aferra,
Y que me ahonda en un gozoso daño.

Vuelvo a mis pagos, y a los pocos días
La ciudad me despierta en un recuerdo;
Y hallo pequeñas las cuchillas mías,
Y en los caminos viejos ya me pierdo.

Y mi dulce tragedia anda conmigo:
Desde las calles duras y agitadas
Me emociono al pensar en las crispadas
Piedras, y en la flexión del río amigo.

Y me envuelvo en la lánguida fragancia
De aquellas selvas que pisé, pequeño;
Y el recuerdo, a través de la distancia,
Aclara mi niñez con un temblor de sueño.

LOS RÍOS CANTAN EN MÍ

(De: "TIERRA CELESTE")

La música me avisó
Que estaba para cantar
Me tiré en los ríos ciegos
Y no sabía nadar.

Acierto del entusiasmo:
Está demás braccar,
Hay que hundirse hasta no ser,
Así me pude salvar.

La música me empujaba...
Corriente adentro me fui.
Ya no soy un instrumento
Los ríos cantan en mí.

AGUA Y RAIZ

(De: "ALAS NUEVAS")

Por la concentración móvil del árbol;
Por el estimamiento de los ríos,
Aprendí a ser raíz que vuela en rana,
Y a ser agua que canta, ágil y limpia.

No hay pájaro que pase y no me vea,
Ni color que no baile en mis caudales.
De la raíz me subo a las estrellas;
Por el cauce me ahondo a la raíz.

Arbol y río soy. En lo movido
Y escondido.

EL OMBU Y LA CARRETA

(De: "LA ESPIGA VOLUNTARIA")

- I -

¡Más de trescientos años!
Más de trescientos años
Atado al negro imán de aquella tierra vieja.
¡Más de trescientos años!

Siempre poniendo al aire
Las hojas duras y las velas claras
Navegando en el día sobre el tronco sumido y prendido.
Sosteniendo la noche en su ancha mansedumbre.

Sujeto siempre. Condenado al círculo
Magnético y terrestre de su destino vegetal.

¡AH!
Caminar como el hombre... andar como los bueyes...
Avanzar como rueda... Seguir, seguir, seguir.
Desprenderse del suelo, ventilar las raíces.
Tomar caminos. Y seguir, seguir...

..El día que me arranque de esta fuerza
Subterránea y ligante, van a ver, van a oír...

¡Contrapunto salvaje de la vida!
El carrero no piensa como el árbol.
Está cansado de subir caminos.
Sueña con el reparo de un galpón.

- ¿Cómo será la vida bajo techo?
¿Cómo serán los días con los hombres?
¿Cómo serán las horas desde el patio?
¿Cómo será la noche entre paredes?

Ver caminar el tiempo desde el banco.
Disponer de los pasos buenamente.
Recordar lentos fríos; aguas malas,
Y vientos malos, bajo los horcones...

Se decidió. La plácida carreta
Fue licenciada como veterana.
Vendió los bueyes. Desmontó contento.
- Vamos a terminar estas andanzas...

Con tino sepulcral puso la caja
Sobre el dolmen mayor de los raigones.
Las ruedas altas ya no rodarían...
El pértigo en el aire se emperchó.

- III -

La carreta no piensa como el gastado dueño.
La carreta no piensa como él.
La carreta se queja como una condenada.
La carreta no quiere tener sin giro el carretel.

- Egoísta ridículo, ¿qué le costó pasarme
al carrero animoso que me quiso llevar?
¿Ponerme en esta mesa... desarmarme...
no poder más andar, volar, sonar?...
(Quiso dejar sonar)

¡Ah si un cuervo me robara!
¡Si un caudón me sacara brutalmente!
¡Si Dios o Mandingo me valieran
y lograra moverme en el camino,
Otra vez, otra vez!

- IV -

El aburrido gigante verde
Se estremeció con su dispersa nasa.
La carreta sintió que la novia
Inesperado pendía de cuna.

- Has venido, carreta, en un momento
Tan extraño y justito, que es milagro.
Nunca pensé que tu sentimiento absurdo
Hallara, sin andar, la maravilla.

Esperemos un viento salvador
Que nos empuje y cumbre con rigor.
Desatare al fin el mayor
Y tirando a soltar,
Desprenderé las redes y las ramas,
Después verás al arbolazo libre
Sobre tu caja como un carrero.
Tú seguirás, tú servirás, tú cantarás...
¡Yo escape de este queadero!

En su nocturno y listo receptorio
Sintió el ombú que se venía el viento.
Un oleaje aéreo formidable:
¡El pampero esperado y violento!

Se preparó con todos sus arranques
Y se mantuvo en guardia, recorriendo
De arriba al más perdido trozo de uña
Su corpachón, que se ajustó de gozo.

Después bajó los gajos comedidos
Hasta el medio inferior de la carreta,
Y la tomó con avidez de manos,
Haciéndole cosquillas del anuncio.

La carreta se dio por entrada...

- VI -

Atropelló el pampero libertante
Y se embolsó con un furioso círculo
En el ombú...

- ¡Ayúdame y arráncame! ¡No sigas!
¡Necesito de tí! - No dijo más.

Se levantó el ombú, girando al aire.
La carreta salió sobre las ruedas.
Baja el árbol, sentándose en el pértigo.

- VII -

Gauchos de la frontera me aseguran
Que han visto una carreta rara o loca
Con árbol carrero sobre el pértigo
Y verdinosos bueyes transparentes,
Patinando en la luna a la distancia.

LOS ARBOLES (fragmento)

(De: "ALAS NUEVAS")

- I -

Los árboles son buenos como hermanos mayores:
Misteriosos y abietos, en la tierra ellos fueron
Un arranque al alarse de la semilla humilde
Que se abrazó a los aires, y alzó su vida pura.

Los árboles levantan su vida, y son su vida,
Y dan por sobrevida su fruta al hombre sórdido.
Se agrandan para darse a la ansiedad del hombre
Que le raja las carnes y le roba las nieles.

Sobre la tierra fós traieron la belleza;
Sobre la piedra triste volcaron su frescura;
Junto a la casa ruda fueron como guardiapes;
Y en el desierto antiguo clavarón la distancia.

Los árboles se abrazan en la selva o levantan
Sus brazos castigados en los caminos solos...

La música primera saltó de sus marañas:
— ¡Oh los instrumentales árboles con sus ridos!—
Las alas y los élitros y las cintas del aire
Y los dedos del sol, lo esmalteron de júbilo.

Donde hay árboles siempre el misterio hecho sombra
Y el hombre se emociona y hace cara al destino;
El fuego se desata con sus colores fuertes,
Y el hombre ante la llama ve a Dios cerca del hombre;

Amansa sus impulsos y hace cerco cordial.
Y descubre su vida y aparece inspirado,
Y siente que sus carnes esperas ya no tiemblan;
Y que la noche ciega no lo tapa de miedo.

ESTUVE EN LAS SIERRAS

(De: "RUMBO DESNUDO")

- I -

Estuve en las sierras

Los días manaban la lentitud completa.

Tan alegres eran los momentos
Que yo abrazaba mi momento:
¡Sorpresa limpia de las cosas!

Me levantaba como un tropero
Para ver venir el día.
Mi tropa misteriosa se me desvanecía
Hasta que llegaba el Lucero

Con el mate en la mano
Miraba el cerrerío acollarado:
Las cinco moles parejas de Lago,

Y ese cerro orejudo de Méndez
Como un elefante hundido de piedras.
(A veces nadaba en las piedras)

Al lado había un cerro con un rudo de corbata.

- II -

Humillado me veo en la ciudad:
Yo era dueño en las sierras
De mi sosegada intimidad.

Salía
Después del mediodía
Y entraba en el potrero
A elegir mis menudas alegrías:
Yuyos sanadores de flores perdidas,
Cebollitas del diablo,
Y boquitas de sapo
Y las siete sangrías.

Y después los chilcales
Pobladores
Y los maizales
Tembladores,
Y el espinillo
Amarillo
Con su brillo.

Para no desairar los colores del pago,
Me bebía dos horas con mi gente:
La hora colorada del guindao de pitanga,
Y la hora blanca de la leche reciente.

Tengo un hermano rápido como un pájaro.
Le decimos el "pichón".
Nos buscamos como dos pájaros...
¡Ah vertimiento gorjeador!

Con él, pues, íbamos a pescar.

La tarde se venía cerros abajo
Y nos cambiaba la taciturnidad.

¡Ah islas y lagunas
Con las estrellas y las lunas
Y aquel silencio correntoso!
Se lava el alma entre la selva
Y siente a Dios indígena en su gozo.

- III -

Estaba una tarde
Mirando a los cerros detenerse
En una dureza marina,
Cuando brotó del aire un abanico
De mazaricos.

Y un collar y una moña y un corral
Y un lazo plácido de mazaricos
Delante de nosotros, por el cielo

Sobre mi cabeza atenta
Sentí un estiramiento oceánico frotar.

¡Pájaros coreográficos que vienen a las sierras
Y vuelven a la rinconada de Olimar!

- IV -

Continuaba embebido en los cerros
De una piedra colgada
Una laguna amarilla de luz.

Abricuada sedalina
Aflotaba la solidez marina.

Un rosado de sueño apareció.

Miro... y un brusco
Sacudimiento órfico me corre.

La luna subía de abajo de la tierra.
Grande, grande, y cercana,
Como para agarrarla.

Grande, grande, asustante y tan cercana...

Perucho y Roline llegaron corriendo.

Pitila venía con mi hermana.

TÍA FELICIA (fragmento)

(De: "FANTASMAS TENACES")

VII

Hasta los doce años, mi vida se repartió en los hogares: en el de mis padres y en el de la tía Felicia.

Ese primo hijo suyo que menté fue el compañero junta de mis pasos sin experiencia.

Era bastante diablo. Yo, un inocentón.

Decían los parientes de autoridad que si yo hacía una cosa mala, no era por mi condición, sino por el contagio del primo.

Fuimos los dos músicos en la banda de mi padre.

El, insoportable, porque tocaba en clave de fa. Nosotros éramos lectores en clave de sol.

Todas las semanas tía Felicia hacía los lavados en la laguna del ejido o en algún bañadero del Yermal.

Era un espectáculo.

Como cumpliendo un rito en diversión, yo, mi compinche y otros primos de la misma edad, nos concertábamos en la portera de salida con los mojarreiros y los útiles de vicio y entretenimiento.

Todo podía faltar. Menos el tabaco y la yerba.

-Preferiría no llevar carne. Pero sin el mate y el cigarro no podría lavar.

Y aquí va la procesión.

La tía, delante, con el atado en la cabeza, sobre la tabla de las fricciones.

Detrás, la junta, con los pequeños parientes voluntarios.

Cerrando el cuadro, el Negrito, un cuzco hecho con carbones crespos.

... Más de una vez, siguiendo a la tía con la vista, me puse a considerar, en un relámpago de agrado y en una contraposición infantil y extraña su figura de canéfora criolla y la fotografía tiesa y drapada de su juventud que se erguía en un cuadro de pie sobre la redonda mesa de sala de sus ranchos.

Aquellas telas caudalosas, tableadas hasta el suelo, con el miriñaque circular por la cintura. Y estos merinos negros con su áspera fragancia de abrojos sobre los zuecos de tabla franciscana.

.....

BEATRIZ MARINO (fragmento)

(De: "FANTASMAS TENACES")

II

Se llamaba Beatriz.

Yo no sé si el nombre le vino de algún rezago de cultura dantesca o

por alguna Beatriz famosa que llegó a dejar la cifra verbal de su presencia.

Nació en la estancia paterna. En la estancia de Los Higueros, cuyas viviendas de piedra se agarraban a la falda verde de un cerro bajo y simpático del Yermal.

De chica hacía el trabajo semanal y rotativo de la familia, turnándose con las demás hermanas.

Recordaba siempre que le gustaba hacer los lavados en una laguna amarilla colgada entre las piedras que rodeaban el vasto espacio de las poblaciones.

Fallecido mi abuelo, su viuda, doña Matilde, con el resto de la familia resolvió trasladarse al pueblo, donde edificó unos caserones imponentes que ocuparon la esquina mejor colocada de los sitios.

Allí tuve la suerte de nacer.

Dirigidas por el hermano varón que tenían, las hijas de mi abuelo se establecieron más tarde en el pueblo con un negocio de entidad.

Por ese tiempo la señorita Beatriz Mariño conoció a mi futuro progenitor.

Este llevó el noviazgo con tal furia que, al poco tiempo de comenzar los amores, y siendo todavía muy joven, resolvió casarse.

Mi abuelo paterno que era un vasco francés sumamente discreto y ponderado, al saber su apresurada resolución, creyó conveniente advertirle:

-Quisiera saber con qué vas a sostener ese hogar.

Mi padre lo tranquilizó con toda su dignidad de hombre joven resuelto y de artista.

-Si no me alcanza con la música, vuelvo a sentarme en la banquilla de remendón.

III

Se produjo el casamiento.

Vinieron los hijos.

Y aquí me tienen con el primer recuerdo de mi vida.

En el ejido del Olimar, a la sombra de los árboles del río, se celebraba el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Todas las familias del pueblo participaban de la romería.

A los fondos de casa, como lindero de predio, vivía el coquero don Antonio Español.

Mi padre lo contrató para que nos llevara en su reputado carruaje de fiestas al lugar del acontecimiento.

Salimos del portón de casa.

Yo iba sentado al lado de mi madre.

No sé cómo fue.

Me dio por contemplar el techo de paño verde, estrellado con rodajas de cuero, claveteadas.

REGINO PERALTA (fragmento)

(De: "FANTASMAS TENACES")

Yo tenía quince años. Regino Peralta sus treinta y tantos.

Desde entonces, sirviendo en el mismo escuadrón, trenzamos una amistad despareja en años, pero profundamente pareja en lo sentimental.

El mejor recuerdo que conservo de él viene, precisamente, de los últimos momentos de la revolución de 1904.

Firmada la paz y resuelto el licenciamiento, llegamos sobre un mediodía de comienzos de Noviembre a las cercanías del paso real del Olimar.

Veníamos de las sierras de Nico Pérez.

Desde la lejanía, habíamos columbrado el pueblo querido.

Nos acercábamos a él con el corazón en los ojos.

Pensábamos, después de un descanso, atravesar el agua y ganar la orilla opuesta, ocupando el ejido.

Una orden, apagadora y ácida, cayó sobre los grupos preparados.

- Mañana pasaremos el río para el licenciamiento.

Casi me echo a llorar.

Se dio cuenta, solidariamente, de mi sacudón de ánimo Regino Peralta.

- Mirá, Pedrito. Paciencia. Vamos a consolarnos comiendo el asado de vísperas más rico. Yo lo voy a hacer.

Así fue.

Declaro que nunca he comido un asado orillero como aquel. Sabroso, hasta sosegar la ansiedad de querencia más exigente.

.....

EL NEGRITO (fragmento)

(De: "FANTASMAS TENACES")

I

¡Inolvidable Negrito!

Todos los días veo en un puesto de mercado vecino un perro negro tan parecido al que voy a evocar, que la palabra no me va a ser manera para acercar desde la lejanía de la niñez aquel compañero de nuestras primeras andanzas terrestres.

Selíamos ir al arroyo a pescar molineros.

Lo hacíamos con mayor frecuencia de mañana cuando parece que el agua mira y la luz está limpia y poco usada.

Un día, atravesando el alambrado del camino al paso del Yermal, antes de entrar en los baños, notamos cerca de una posta de diligencia un bultito quejoso.

Era un cachorrín canino abandonado, de escaso tiempo, colocado en una

especie de celda o cunita, forrada por el barro reseco de las pezuñas de los animales de servicio.

Lo recogimos. Y lo llevamos con nosotros.

Sin complicaciones se adaptó a su nueva vida. Y con leche y carne menuda, creció, como un yuyo, entre nuestros juegos continuos.

II

Yo me había criado con un primo de la misma edad.

Eranos una yunta inseparable.

Fácilmente hicimos al Negrito partícipe de nuestros entretenimientos.

Le elegimos de hogar los sitios y galpones de la madre de mi primo, la que nos había solicitado - riéndose - el honor de ser su pintoresca tutora o cómica propietaria.

Cuando salíamos de los ranchos de la tía rumbo a mis caserones, se ponía en el medio de los dos.

Era de ver, entonces, los saltos, vareadas y meneos de cola del mocito que a cada rato volvía a colocarse entre nosotros.

Solíamos detenernos en los galpones de la madre anciana de un personaje risible y estulto, a quien apodaban El Cazamoscas.

Era largo y flaco y de piernas subidas.

Cuando andaba, se reía solo, sin darse cuenta y de cualquier cosa.

La gente lo había definido jocosamente, diciendo que él que era una risa en zancos.

Cerca de las viviendas de este pelele estaban los nataderos de la población.

Una perpetua abundancia de dípteros zumbones venía de aquel ambiente de olores fuertes.

El Cazamoscas amaba un contrapunto con el Negrito. Lo desafiaba a cazar moscos.

El cuadrúpedo de carbón y el bípedo sobre sus vigas móviles se dedicaban a la empresa.

El Cazamoscas con las manos y el Negrito con la boca se daban al atrapamiento de los insectos con tal empeño, que hacían reír a todo el mundo.

Concluida la función, reiniciábamos la marcha.

.....

MEMORIA GAUCHA (fragmento)

(De: "FANTASMAS TENACES")

IV

Como a los años me hallaba una mañana con mis padres, Pitila y mis hijos en unos sillones de mimbre colocados entre los árboles del fren-

te de la Escuela Granja de La Calera.

Mi madre alargaba sus ojos hasta la estancia donde había nacido y se había criado.

Distinguía con su visión india y sentimental el caserío de piedra, los árboles, las colleras serranas.

Extendiendo el índice de la derecha, alcanzaba a orientar la vista hacia la laguna colgada de un cerro, donde lavaba cuando era niña...

... En eso estábamos, cuando, de golpe, apareció una tropa, llenando el camino de polvareda, mugidos, pechazos humeantes y martilleo de pezuñas.

A los ¡hopa, hopa!, ¡venga, venga!, y ¡siga, siga! de los troperos que conducían y amoldaban el conjunto asustadizo, nos dimos a contemplar el espectáculo.

De la numerosa masa avanzadora, ya encauzada, se desprendió la figura dirigente y responsable.

Enderezó hacia la portera abierta de la escuela y se nos vino cerca, echando unos buenos días agradables y sonoros.

Descendiendo del caballo, a tintineo agudo de espuelas, se le fue al humo a mi padre, que se levantó - impresionado - del asiento.

Se dieron uno de esos abrazos que exigen las grandes amistades.

Enseguida repartió saludos de mano a los presentes.

Le allegaron una silla de cuero. Y el hombre se sentó a invitación de mi padre, que hizo lo mismo.

- Pero, Fernando, ¿para dónde van con esta mañana?

- A la feria de Isla Patrulla.

- Y ¿con qué sol!

- Estanos acostumbrados.

Me dediqué a contemplar al recién llegado que ofrecía una estampa de tremenda expresión gaucha.

¡Era el mismo! Pero, bastante añado y endurecido.

Cuando la celebración de los cien años de su padre este tropero fue uno de los hijos que lo rodearon y anduvieron cordiales y comedidos en todos los momentos.

Retenía yo la fisonomía familiar y un aire de identificación perceptible, como sucede con personas sencillas que han hecho vida natural y sossegada, sin complicaciones psicológicas.

¡Es el mismo!

Me puso a círlolo y estudiarlo.

Desde el balanceo intencionado de mi sillón, aquel tropero era un tema regresivo de mi pensamiento evocador.

A pesar del atuendo típico de sus pilchas de arreo, yo, gozando de mi ventaja de colocación, lo replegaba hacia atrás con morosidad de identificación sentimental.

Aquel pañuelazo a rayas que le caía en cuatro puntas por los costados de la cara, bajando del sombrero; aquella golilla sobre el poncho; las botas

con sus espuelas; el rebenque de capataz de caminos, no podían separármelo del hombre alegre y obsequioso que había conocido en los momentos centenarios de su padre.

— Pero ¡qué mañana de fuego!

— Por eso me allegué un ratito a la sombra.

— ¿Te fijaste que todo se seca, menos los maizales?

— ¿Sabés por qué? — Pues sencillamente porque tienen una hoja tan ancha que acaparan el agua y no la sueltan.

Y allá siguió el hombre haciendo primores de sabiduría vegetal directa.

Disertó sobre la espuma del ceibo, el nacimiento de las tábanas, el rocío íntimo de ciertas flores, el verde firme de los mimbres.

Yo, desde mi colocación, lo seguía. Lo seguía, estudiaba y consideraba.

— ¡Qué lindo! — me decía por dentro, desde mi impune ventaja. No me reconoce. Puedo seguirlo a salvo de sorpresas y asociaciones.

Poco duró la separación de mis cálculos.

Inesperadamente, giró su cabeza hacia mí. Y me quebró la serenidad aparte con este reconocimiento tremendo, retenido hábilmente en el descuido engañador de la charla:

— ¿Desde cuándo por aquí, che Pedro?

MI FORTUNA ESCOLAR

(De: "FANTASMAS TENACES")

— ¿Quiere que vaya afuera?

Así, puesto de pie, solicité permiso.

Concedido por el director, salí desde el banco escolar en dirección a la puerta principal que daba al patio del recreo.

Por la mitad, más o menos, de nuestra cancha de diversiones, yendo hacia el fondo higiénico, encontré una honda de cuero y elásticos.

La tomé por el palillo de unión del ángulo. La llevé conmigo. Y terminada la exigencia funcional, regresé hacia el banco de clase.

Mi compañero de asiento era un italianito, a quien apodábamos El Pepino.

Se llamaba José D'Alessandro.

Con el tiempo fue un estudiante ejemplar en Montevideo. Y consiguió un título universitario que le alcanzó altísimo renombre.

— Mirá — le dije, mostrándole la honda. — Mirá lo que me encontré en el patio.

— ¡Qué linda! — estalló al verla.

— Tú sabes que yo soy un infeliz. No me peleo con ninguno de ustedes. No sé hacer daño a nadie. No podría nunca matar un pajarito. Esta honda no me sirve. No es para mí. Te la cambio por dos bolitas.

Ni le pareció verdad.

-Ya está. Aquí las tienes. Venga la honda.

La recibió con un trémulo agrado en la mano contenta.

Esas dos bolitas fueron el origen de mi fortuna escolar.

Puestas en los desafíos y contrapuntos lúdicos del recreo de aquellos tiempos, aumentaron, día tras día, su cantilad.

Algo increíble. Solamente posible en la vivacidad ambiciosa de la niñez.

Conseguí una lata vacía de caramelos. Y en ella fui alojando aquel tesoro que mi condición o mi suerte de jugador me fueron acrecentando hasta los bordes.

Nadie, sino yo el Dios de mi infancia, sabemos con qué gozo venía seguido a verificar, a festejar con los dedos, a contemplar mi fortuna.

Aquellos bochones traslúcidos con animalitos blancos adentro. Aquellas bolitas de colores que, al colocarlas contra la luz, derramaban el iris...

Hoy, viejo y vuelto a la niñez, repito con arrogancia excluyente:

-No cambiaría mi fortuna escolar por todos los tesoros de los hombres.

FLECHILLA

I

(De: "FANTASMAS TENACES")

Suele abrirse una alarma en los corrales.

El gallo da su aviso reservado a las gallinas.

Y las gallinas juntan con apuro sus polluelos, cubriéndolos con el pecho agitado.

¿Qué sucede?

Sobre el aire cruza -sigiloso- un pájaro. Un pájaro grande.

Es el chimango.

Cuando este victimario aéreo nota desde su colocación un desquido, se arroja, como centella, sobre el pollito que elige. Y se eleva con un pío doliente entre las garras.

Pero cuando el gallo vigilante lo denuncia y las gallinas se aseguran, se queda sin asunto. Y sigue parejo por las alturas con un despecho callado, como si quisiera dar la impresión de una indiferencia.

Entonces, el gallo se repone. Y al considerarlo lejos de todo peligro, bate las alas, se empina, encrespando las plumas del cuello. Y larga un grito teatral de triunfo con la cresta encendida de un mérito cónico de protector.

II

No es un chimango de este estilo el que vamos a evocar.

Tenemos antes que traer a cuentas o al cuento a Flechilla. Criatura

dramática. De magia sentimental.

Quedó huérfano siendo chico. Un niño de cinco años.

Su padre fue muerto en una batalla de los tiempos revolucionarios.

Su madre sufrió una eliminación tremenda.

Quemando langostas, como se decía en la época de la invasión ecridia, fue tomada por las llamas de una fogata. Y murió incinerada.

Flechilla fue recogido por un estanciero hermano de su padre. Y se crió con sus primos y los chiquillines del establecimiento.

Por la época de nuestra narración Flechilla tiene diez años.

Ha heredado del padre una equilibrada presencia de ánimo. De la madre, una vigencia permanente del corazón.

Lo llaman Flechilla por el cabello amarillo y rebelde. Con un remolino airoso en la coronilla.

III

Tuvo desde que empezó a darse cuenta de las cosas una pasión fraternal por los animales, los árboles y los pájaros.

Por éstos, sobre todo.

Y de sus continuas visitas a la selva y a las sierras salía con frutas salvajes, con huevos pintorescos de los nidos que exploraba, y, de vez en cuando, con algún pichoncito abandonado o caído de las ranas.

En estas niñerías silvestres que le daban carácter y fisonomía moral, encontró una mañana al pie de un pequeño cerro, coronado de árboles unidos, un pichón de chimango.

Andaba allí con su chillido inocente. Inevitable. Algo maltrecho de la caída. Derrengado.

A Flechilla le entró una lástima brusca.

Se acercó al chimanguito.

Conocía por referencias la cruel inclinación, el feroz instinto de su especie. No se detuvo en el intento piadoso. Lo acarició con cuidado. Lo agarró, resuelto. Lo echó dentro de su gorra, haciéndole nido caminante. Y lo trajo a las casas, donde se armó el revuelo que era de esperarse.

-Cria chimangos pa que te hagan carniza.

IV

Como para contrarrestar con su simpatía la fiereza del refrán y la certeza biológica del instinto chimanguero, Flechilla se dedicó a criar y educar aquel regalo de la sorpresa que todos sentenciaron un peligroso hallazgo.

Con un trato permanente de amistad y una alimentación lenificante, consiguió humanizarlo hasta el infantilismo. Fue una conversión paciente

y directa de los impulsos hereditarios.

El chinenguito se hizo a las maniobras y costumbres de su protector y del enjambre de cachorros que lo rodeaban y seguían sus iniciativas y sus ocurrencias.

En los juegos y excursiones de los gurises el chimango era un personaje más que de alguna manera hacía ver su intervención siempre festejada.

Llegó a humanizarse tanto; penetró de tal manera en la intimidad distinta de sus camaradas, que los separaba hasta por el nombre propio de cada uno que oía vocear.

Naturalmente que su distinción más viva y obligada era para el gurí de alma redentora que se había animado a recogerlo y convertirlo en un ser de afirmación humana y sentimental.

Esa señal de preferencia era también la del grupo infantil, a quien manejaba y conducía el ingenio despierto, dominador y agradable de Flechilla.

V

Salió la pandilla a media tarde.

Era por los comienzos del otoño.

Llevaban los menudos personajes sus instrumentos de diversión. Cada uno iba con el arco de carreras y con el lazo chico de ejercicio y adiestramiento.

Andaba entre ellos el interés de la distancia y el desafío hazañero.

Vamos a ver quién enlaza mejor la oveja separada, el ternero brincador. O quién piala con más primor algún cofrade. Porque solían jugar a enlazarse entre sí.

En lo referente a los arcos, había que considerar ponerlos en movimiento por los senderos. Venía la prueba el que llegaba primero al término señalado.

... El chimango - contengo - vuela pausadamente encima del grupo en marcha con el ala claramente listada sobre el fondo panela de su figura leve.

Por el camino la tarde se puso amenazante.

Después de atravesar chilcales, bañados y una isla espesa de mimbres, llegaron al pie de los cerros.

Se entretuvieron un rato con desafíos y apuestas.

Elegida la ruta de correteo, pararon los arcos, fijándolos como ruedas. Se ataron los cordeles a la cintura. Empuñaron los palillos de toque para dar rapidez y dirección. Y, empujados por un viento que se desató en ohiflidos y pechazos y se corrió con un tropel de nubes tostadas, arrancaron.

No alcanzaron a definir la carrera. Empezó a llover con furia por la mitad de la prueba.

Tuvieron que guarecerse, como pudieron, debajo de los árboles que en-

contraron entre las islas pequeñas.

En una escampada, salieron de los refugios. Y echaron a correr hacia las casas antes que se soltara la lluvia acumulada que se venía allegando.

Cerca de la portera de entrada al potrero se fueron deteniendo y juntándose.

Entonces, inesperadamente, se les vino derecho el chinango. Venía en Flechilla. Su guía inseparable.

El chinango con gritos extraños, con movimientos intencionados, llenos de indicaciones, miraba a los gurises. Volaba haciendo rumbo hacia los lugares que habían dejado. Y volvía una y otra vez sobre ellos.

En seguida entendieron -- más que adivinaron -- lo que había sucedido.

Flechilla tenía que haberse extraviado. Que haber sido detenido por algún peligro. O que haberse caído malamente en alguna parte.

Siguieron -- decididos -- al pájaro maravilloso.

El chinango los fue llevando hacia una parte del bañado, salpicada de montículos engañosos.

Apenas traspusieron un redondel de árboles, vieron a Flechilla, hundiéndose en un tembladeral. Ya sorbido hasta las rodillas.

Se decidieron a salvarlo.

-- No te asustés, -- le gritó uno de la pandilla.

Eligieron un arco. Le ataron las sogas en círculo.

-- Agárrate con fuerza, -- le gritaron.

Le arrojaron el arco salvador.

Flechilla aferró las manos a los bordes.

Entonces los compañeros del grupo empuñaron las puntas de los lazos de diversión. Y se pusieron a tirar con fuerza, con fuerza y maña.

Costó bastante sacar a Flechilla de la viscosidad suctora.

Después de prolongados y tensos remosones, Flechilla consiguió desprenderse del fango trágico. Aligerase y flotar en la violencia creciente de las cuerdas.

Cuando lo pusieron fuera de aquella boca de la muerte, una alegría de milagroso alivio les destapó la risa y los chistes.

El chinango se puso a batir las alas con festejo.

Subía y bajaba sobre la pandilla completa.

Al regresar corriendo a los galpones, la lluvia se descolgó, repicándoles en la cara.

COMO ME DESFECHE DE SEGUNDO COJES

(De: "FANTASMAS TENACES")

--Por lo agalludo, tiene que ser el vasco Guillermo.

Quien dijo ésto sabía que acertaba.

Era el vasco Guillermo Goicoechea.

Había metido la tropa en los campos de don Félix Olivera.

Don Segundo Ocles, aquel titán que había perseguido y atrapado al malevo feroz de nuestras selvas, no pudo evitar un montón de lágrimas que le asaltaron los ojos.

Nos separamos.

Yo, hacia el pueblo.

El, tomando su camino a Vergara.

¡ AMARAL !

(De: "FANTASMAS TENACES")

I

De nuestras criaturas interiores la más traviesa y desconcertante es la memoria.

Lo van a ver.

... En la estación del ferrocarril, me esperaban mis padres, mis hermanos y ciertos amigos, de los que van quedando pocos.

Después de los abrazos del recibimiento, me pregunta mi progenitor:

- ¿Trajiste la medalla?

- La dejé en Montevideo.

- ¡Qué lástima! Ya había hablado a Cutinella para exponerla en la vidriera grande de la botica.

Se trataba del primer premio que recibí en un certamen de poesía.

Mi padre quería hacer ver a los incrédulos del pueblo qué había resultado de aquel hijo que decía, de chico, siempre, en todos lados, que algún día iba a ser un poeta...

Los compañeros de colegio empezaron a reconocirme en mi lírica aparición. Y menudearon visitas, paseos, homenajes.

Por aquellos benditos tiempos Treinta y Tres era un ambiente sin agitaciones mentales.

No existía el Liceo que actualmente es la Casa Mayor del orgullo intelectual de la región.

Así se explica que, cuando mis agasajantes se dedicaban a tenerme en el más alto jaleo, uno de los circunstantes saliera con este primer de inocente enormidad:

-Nos has venido como anillo al dedo.

Hemos formado una comparsa. Y necesitamos canciones de Carnaval. Ya que eres un gran poeta... ¿no te animarías?

La ocurrencia fue reforzada con aplausos.

Mi recurso de escabullida fue éste.

-Sólo sé hacer versos para recibir. Para cantar, no.

No sé hasta dónde se convencieron.

II

-Amaral quiere hacerte oír lo mejor de su repertorio. Me ha pedido que te lleve.

Así me habló mi hermano el Pichón una mañana.

Este Amaral era un guitarrero en el apogeo de su digitación.

III

Hechas las presentaciones, el hombre trajo su mágico instrumento con las cuerdas a punto y la boca de nácar, reluciente.

Hizo correr, relampaguear y tremolar los dedos eléctricos por los trastes tonales.

En un intervalo del concierto especial me dio por recitarle unas décimas a la guitarra recién hechas.

Inesperadamente, se soltó a llorar.

IV

Siempre retuve el recuerdo de aquella húmeda evasión sentimental.

V

Terminado un acto literario en el Liceo Departamental, se me acercan ciertos viejos comarcanos a saludarme.

El director del Instituto iba cantando el nombre de los personajes.

-Este es fulano, éste es zutano, éste es aquel de tus tiempos, éste es el otro, con el que fuiste al...

De golpe, un hombre pequeño y efusivo se me viene como empujado desde los adentros de una emoción brusca.

-Soy Amaral.

Al principio no pasó nada de íntima importancia.

Pero como se me quedara el apellido en la preocupación fonética, me puse a cavilar hasta interrogarme secretamente.

- ¿Qué será este Amaral del guitarrero aquel que tanto me impresionó con mis décimas de muchacho?

Mi evocación lo retenía joven y vivaz, como en la época que me dejara su recuerdo.

La memoria hacía su escamoteo anulador, jugando con la proporción distante de los tiempos... con la acumulación engañosa de los años...

Me atreví a suponerlo hijo o nieto del Amaral de 1913.

Pronto salí de las vacilaciones de identificación.

-Tal vez ya no me recuerde.

Desde que nos encontramos hace más de cuarenta años en una audición de guitarra que le ofrecí, no nos hemos visto más.

Entonces, éramos cabecitas negras.

¿Recuerda que me hizo llorar con unos versos?

Y se venía con el ganado abriendo porteras y pisando chilcas, flechillas, cardos y alambrados interiores.

Dándole al puntero la dirección del potrero empastado, cerca de la Laguna Verde, enderezó a galope hacia nosotros.

En la porterita de entrada a los jardines de las casas estábamos, siguiendo el movimiento y desenlace de aquel asalto amistoso, el dueño de la estancia, don Segundo Ocles y el que esto cuenta.

El vasco detuvo la cabalgadura a cierta distancia de nosotros. Y, desmontando, rápido, atropelló a carcajadas hacia el patriarca del lugar.

Después de aplicarle un abrazo efusivo, lleno del calor de los caminos, me dio la mano, y, como si le sobrarian fuerzas de expansión sentimental, abrazó, también, a don Segundo Ocles, aclarándole a gritos:

-A vos quise saludarte último, porque sos el más viejo.

Haciendo uso y abuso de una amistad profunda y sostenida, el vasco Guillermo había decidido allegarse a descansar con la tropa en el fundo de don Félix.

Este que no desaprovechaba las oportunidades cuando le venían a pelo para la carpeta, lo invitó a una truqueada y a pernoctar en sus ranchos.

-Somos cuatro. Ni de gusto. Goyo se va mañana.

El vasco solicitó autorización para desensillar.

Llevó el caballo por la rienda al galpón. Y, después de hacer con las pilchas un rimero esmerado, soltó al zaino oscuro que agarró para los pastizales del potrero cercano, sin el freno.

Cuando el vasco Guillermo, volviendo para nosotros, se sacó el poncho y se lo echó doblado, al hombre derecho, quedé asombrado de aquellas botas del oficio que le llegaban hasta la verija.

II

-Bueno. Vamos altrucc. Pero... no se olviden que tengo que madrugar. Así propuso y advirtió el vasco Guillermo al terminar la cena.

Las dos parejas se hicieron sin trabas.

-Goyo y Pedro son formales. Nosotros dos, muy mentirosos...

Llevando al vasco por los hombros con el brazo derecho, lo sentó el anfitrión en una de las cuatro sillas que rodeaban la pequeña mesa empuñada del juego tradicional.

Empezó la cosa.

Para mí aquella diversión se convertía en una ceremonia racial que me colmaba de orgullo.

-Este sí que es un verdadero truco histórico,- me decía entre las atenciones de las jugadas.

¡Si lo sería!

Mi compañero era uno de los gauchos más calificados del este.

¡Había agarrado al Glinudo!

III

Al aclarar, el vasco Guillermo se escabulló como un fantasma. Y reanudó la marcha con su tropa hacia el camino real.

Don Segundo Ocles, poco más tarde, preparó su caballo.

Pensaba regresar a la querencia, después de una inolvidable temporada en las casas de don Félix Olivera.

Yo - para no ser menos - debía hacer unas diligencias en mi pueblo.

Combinamos, entonces, con don Segundo realizar el viaje juntos.

A la salida del sol subimos a caballo.

El viejo Félix quedó conforme de aquella despedida.

No solamente estaba hecho a estas separaciones.

Sabía que yo iba a regresar a la puesta del sol.

IV

Al trote manso del viaje, veníamos comentando con tío Segundo los sabrosos días recientemente vividos y lamentando su terminación.

Lo habíamos traído con don Félix a sus ranchos grandes y alegres para que me contara cómo agarró al Clinudo, el temible malevo del Yermal.

Un mes largo fue nuestro compañero de entretenimiento.

Me llegó a cobrar un aprecio increíble. Porque era, en apariencia, reservado y duro.

Nadie hubiera sospechado en los adentros de aquel toro de sierra una fuente oculta de los sentimientos más puros. Más frágiles.

V

Atravesamos el paso del Yermal y nos metimos en el callejón de cina-cinas que se estiraba hasta la chacra de Urrutia.

Doblamos a la izquierda.

Conforme salimos al vacío de la esquina, nos detuvimos, frenando.

Teníamos que tomar diferente dirección.

Yo llevaba un espejo que me había regalado el dueño de una tienda en Montevideo al levantar unas piezas de vestir que tuve que comprar para la temporada.

Cuando nos abrazamos con el viejo, una emoción sensible y exigente me llevó a pensar - de golpe - en alguna señal de recuerdo.

Alzando el halda del poncho, eché mano al bolsillo interior del saco, donde llevaba el infantil enbeleco. El espejuelo.

Alcanzándolo, atiné a decirle:

-Es lo más lindo que puedo darle para que no me olvide.

Algo inesperado.

La impresión que conservo es la de que me parecía que el coche iba para atrás, mientras avanzaba al trote de los dos caballos de tiro.

Esa tarde me perdí.

Sé que anduve extraviado, lejos del ruedo de participación elegido por mis padres.

Repentinamente, siento la mano de seda de mi madre que toma mi tierna derechita y me lleva consigo.

Me anduvo buscando por las orillas del bosque y por las carpas y nanteles de estacionamiento de la concurrencia.

Al dar conmigo, le volvió el alma al cuerpo.

CAMPANA

(De: "FANTASMAS TENACES")

.....

Se trata de Campana. El cartero rural. El correo a caballo.

Quiero con él cerrar estas evocaciones perdidas en los tramos de mis recuerdos jóvenes.

La última vez que lo ví, Campana tenía ya sus años de sierras, de aguas, de caminos.

Yo había llegado de Montevideo el día antes. Y me había levantado de la casona familiar el patriarca Fausto Correa.

Quería hacerme conocer sus estancias, las costumbres solariegas, los lugares de belleza secreta de sus bosques famosos.

Nos acercamos al paso del Yermal.

Había empezado la noche.

Noche blanca. De luna llena.

Una franja de plata eléctrica cruzaba el vado, de orilla a orilla.

Detuvimos el coche.

Nuestro caballó bajó la cabeza, obedeciendo las exigencias de su sed.

Era noche de verano. Agradable, hermosa. Dueña del mundo.

De repente, oímos a la espalda un ¡buenas noches! Simpático. De voz conocida para mi conductor.

Acercó su cabalgadura a nuestro vehículo.

Y el caballo metió el morro resollante en el agua.

¡Mi Dios! no fue en el agua donde entró la boca.

Fue en el hervidero diagonal de la luna.

Y allí se estuvo aplacando su sed trashumante de traqueteo penoso.

Bebiendo luna. Bebiendo luna. ¡Bebiendo luna!

EL SABÍ

(De: SELECCION DE PROSAS)

... No hay pájaro que mire con más respeto al cielo, que el sabí. Ni que lo conozca mejor. Y exprese con más segura melodía.

Usando mística propiedad, se puede aventurar que el sabí no mira al cielo. Lo contempla.

La calandria suele remontarse en girándolas y cruzarse por las nubes con osadía. Pero esta "pájara" es tan traviesa, que uno no sabe si el cielo lo atrae o ella se lanza a refitolear y conseguir tema para esponjarse de regocijo.

El chajá se eleva y alcanza a perderse de vista. Pero eso entra en su táctica de capataz y vigía de los bañados.

El águila recorre las sedas eléctricas de la cúpula fluída. Pero sigue el destino de su deporte olímpico.

El sabí, mis amigos, gasta otro estilo de amistad celeste.

Cuanto más lejos se ponga del cielo, más cerca lo sentirá.

Por eso, solenos sorprenderlo en las selvas, al caer la tarde, con la cabezuela vuelta hacia la altura.

El pico apunta como flecha magnética. Los ojos son espejos armados de silencio.

Se produce el contacto de fusión.

Entonces, los ojos beben el cielo. Y el pico desata los círculos melódicos del éxtasis hillozoíta.

LA QUEBRADA DE LOS CUERVOS

(De: SELECCION DE PROSAS)

.....

La Quebrada de los Cuervos es un revoltijo o rompecabezas de la naturaleza, en drama de organización, donde las piedras, los corrones de agua y la vegetación valiente, han forzado y compuesto los paisajes, remansos, desfiladeros, arquitrabes, veredones y unbríos más empinados, abismales y huraños.

Detenta zonas y retazos de envolvimiento, de tránsito rupestre, de acentuación tentadora.

Pero lo que en verdad la gente iniciada entiende por Quebrada de los Cuervos, es la ardua y escanotesda unidad de bruscos escondrijos, de inesperados paredones corridos y cimas elásticas, desde donde se descuelgan los árboles hábilmente hasta los regatos sumidos, en cuyos bordes las palmeras cartujas toman servicio de conformidad o de curioso castigo.

Hasta ahora, hemos andado rodeando la Quebrada. Hemos picoteado por de fuera la cáscara derramada del monstruo.

El corazón atónico, el ciego anaco, se alojan en los círculos concatenados de prodigios que vamos a franquear.

... Apenas entramos el pecho de la Quebrada, percibimos la palpación elemental del genio animador y oculto.

Senderos enpeñados o en caída, permiten a gatas orillar las moles que se van anudando y desenvolviendo en un aparente desorden telúrico o capricho plutónico.

No fue menester desahender mucho, para comenzar a recibir sorpresas.

Sapos cascabeleros, víboras cascabeleras; cruceras, replegadas en rimero magnético. acachantes; endrinas aveñas-pollos, rastreando esos zucrachones cebrados que solamente en la Quebrada nuestra existen; lagartijas de cairel vertiginoso; lagartos overos, zorros colorados, chivitos de lámina, venaditos salpicados; cuevas de gatos monteses, nidos de cuervos apónimos y égulas matreras; aguanas acrobáticas, híbridos menopeñados, armadillos eleoraneros. Los mirlos más finos que he visto en mi vida. El hilo de oro aureo de las abejas salvajes. La lluvia verde de las larvas forestales...

.....

El agua del cielo, volcándose sobre las cumbres y descendiendo en filtración tenaz y milenaria, se dedicó, en un tiempo, a preparar este escenario de religiosidad climática. Y esos ágiles torrentes, horadando, aligerando, moviendo las masas paleolíticas, consiguieron armar la Quebrada de los Cuervos, donde las semillas y los pájaros se consagraron a esneitar y colgar sombras de olor.

Y la intención estética fue tan eficaz, que los laberintos de la Quebrada sellan la sorpresa confirmadora de que los pasos de la naturaleza, aunque parezcan ciegos y avasallantes, son acordes.

.....

Tuve la suerte de conocer grutas, donde la oscuridad es permanente. Y donde, como en secreteo de duendes abismales, sólo se escuchan las pisadas hoscas del agua que va bajando a tanteos y troperones. Noche con llave, -dicen por allá-. Tormenteras apacibles que soplan renovados cortinajes de humo y piedra. Remansos colgados, con arpes de lianas, enrejando los móviles cristales escurridizos. Rocas andariegas que se visten a abastando en las manos acrobáticas del aire. Lagos plants, marginados de tejidos viles y de palmas chivivdes con verdes ruedas flotantes.

Yo admiraba la valentía de los árboles que se habían animado a buscar domicilio en estos escenarios de naturaleza bérbara y tucitura, con silencio celoso.

Pero el árbol que más me comovió fue el de la yerba: árbol benéfico

y confiado que consiguió enraizar parcelas y escuadrones de hojas y simbionismo. Su continua presencia misionera fue de tal poder, que los arroyos dinámicos que han ido estructurando y sujetando la Quebrada, llevan su nombre de dominio.

¡Cordial colonizador!

.....

X MI TREINTA Y TRES

(De: "HOMBRES Y NOMBRES")

Declaro que nací en Treinta y Tres, cuando era un pueblecito de pocas viviendas y mucha gracia.

Hay quien, sacando el pecho con arrogancia, glorifica, teatralmente, la procedencia local de su venida al mundo.

.....

Conozco tipos de más deplorable presunción. Nacidos en América, desdichan nuestras cosas entrañables, lamentando no haber visto la luz en Europa, en ciudades privilegiadas, donde las miserias humanas parece que detentan cierto esmalte de lustral encanto.

Bueno. Yo quiero que sepan y me lo crean. Tengo el orgullo y la alegría de haber nacido en un villorrio silvestre de corta edad.

Fuí creciendo con él, alma sobre alma.

Su río fue mi hogar. En el Yermal teníamos, los hermanos varones, los pesqueros, el recodo del baño, el árbol oloroso de pitangas.

Este destino de ir viendo agrandarse a un pueblo; de participar en sus episodios; de cavarnos una memoria pintoresca y sabrosa con sus andanzas; de contarle las casas nuevas; de ayudarlo a estirarse en sus calles y caminos, vale más - para mí - que el ridículo arregosto de largarse a celebrar canciones de cuna clásicas.

Con el maravilloso recuerdo de los esfuerzos crecientes, puedo decir a los que se tasan por la región donde nacen, tomando la voz de mis comarcas: - Ustedes vinieron hechos. Nosotros nos fuimos haciendo. Ustedes recibieron. Nosotros dimos. Ustedes fueron para atrás, en una repetición desahogada. Nosotros abrimos canchas de sorpresa y propiedad humana. ¡Comparen!

.....

Mi niñez fue campesina y chacarera.

Trabajo de mi más íntimo agrado, cuidar el corral de aves de la casa con un hermano yunta.

El oficio nos proporcionaba un momento de impresionante interés: abrir el portalón.

Después seguíamos con goloso recuento la salida de las aves a pastar. Los primeros señoritos que se colocaban sobre la hoja enorme de frutero, eran los patos pichones.

Delante del ejército avícola, se aprestaban a iniciar la irrupción hacia el campo tierno y sabroso.

Replegado penosamente el portalón sobre los ejes rezónzanos, salían haciendo punta y empujándose de curiosidad, aquellos menudos habitantes del cuadrilátero heteróclito, plantando sus zapatones a rápido compás, y erizando -apenitas- su empeluzado negro naranja.

¡Inolvidable vanguardia de la juguetería viviente!

JUAN ROSAS ULTIMO SOBREVIENTE DE LOS TREINTA Y TRES

(De: "HOMBRES Y NOMBRES")

.....

Juan Rosas es un personaje de nuestra Crónica emancipadora y hazañero. No es hombre cabalmente de historia.

Se puede clasificar entre los tipos de narración o compuestos, que, hundiendo la sombra física y los talones en los comienzos y peripecias de una época, derraman sus proezas y su prestigio por ese espacio entre épico y humano de los sucesos que integran, con el tiempo la sustancia y la expresión de los romanceros.

Son muy escasos los datos biográficos concretos y rotundos de sus pas.

Balanceando resultados de informaciones familiares y de investigación oficial y erudita, bien poco es lo que se ha logrado acarrear hasta hoy, como para fijar su estampa con el rigor que impone el método documentario.

Sin embargo, ese apoyo terrestre basta y sobra para armar una presencia de suma riqueza pintoresca, étnica y heroica.

V

Juan Rosas aparece ya el 30 de abril de 1825, a los pocos días del desembarco, en la lista de Legionarios del mayor Pablo Zufriategui, -la que consigna como lugar móvil de residencia el Campamento en Marcha.

"Los individuos de que se compone la lista anterior pisaron la margen izquierda del Uruguay el 19 del presente para promover la libertad de la Provincia".

Juan Rosas viene inscripto en la Legión como soldado.

Posteriormente, en documentos de Cribé, refrendados por Lavalleja, anda certificado también como uno de los componentes del 19 de Abril.

Según datos suministrados por el Estado Mayor, entre los meses de Setiembre y Noviembre de 1825, se halla destacado en el regimiento de Milicias Activas, encargado de la vigilancia estrecha de los ríos Negro y Yí.

En Marzo de 1826 lo encontramos en Maldonado con el mismo carácter,

diligente y celoso.

En el período que va de Enero a Mayo de 1827, lo vemos como sargento de Milicias de Canelones.

El hombre conoce, por fin, el premio de las jinetas.

Pero, como para dar una impresión graciosa de los retrocesos militares de aquella época, se nos viene abajo desde el hombro, mostrándonosnos como simple soldado del regimiento 90. en el año 1829 (Enero-Abril).

Aquella gente se amolda al rigor de las horas. Sabía servir y aguantar.

En el presupuesto para la paga de los señores jefes, oficiales y demás personas a quienes corresponde y alcanza la Ley de Premios del 14 de Julio de 1830, nuestro personaje figura entre los citados; habiéndose presentado PERSONALMENTE a revistar el 24 de Agosto del mismo año.

En el informe que produce Oribe el 20 de Octubre de 1831 sobre la autenticidad de Tiburcio Gómez, que había desaparecido, el nombre de Juan Rosas hace número también.

Este documento fue certificado el día siguiente por uno de los legionarios del episodio, aunque con el apellido acriollado.

En efecto: la firma dice Juan Piquiman, -equivalencia fonética para el paisanaje de aquellos días del apellido inglés Spikerman.

Organizado constitucionalmente el país, se nos pierde de vista por dilatado tiempo.

VII

Terminada la Guerra Grande, el Rubio Negro se dedica a labores de campo administrando en el departamento de Salto las estancias de su compadre don Tomás Gomensoro.

Cuando el patriarca pasó a ocupar la primera magistratura, intentó, cordialmente, llevárselo consigo a la capital de la República. Era el hombre de su mayor confianza.

Don Juan Rosas, hecho a la ventilación ancha y a la visión estirada de los campos, prefirió quedarse en los establecimientos pastoriles.

Don Tomás lo tienta, con la efectividad del grado militar. Con darle el cargo de jefe de su escolta. Con los premios adjudicados a los hombres de la Cruzada Libertadora.

El Rubio Negro se hizo el desentendido ante tanta promesa y tanta gloria...

En 1878 nuestro hombre se halla en el Paso del Dragón, en el establecimiento de su hijo Plácido, donde pasa su último cuarto de vida, considerado en todo momento reliquia de las más valiosas de la República.

III

Treinta y Tres era, por los tiempos de mi niñez, un pueblo silvestre. Bien dicho: un caserío ceñido de bosques.

El Olimar y el Yermal abrían serquita la presencia de sus picadas, y el villorrio asentaba sus términos poblados sobre la plaza.

.....

Yo iba al Colegio ritualmente.

Sólo una vez hice la rabona.

Era un modelito.

Mis libros, al abrirse, soltaban una fragancia de melva fina.

Hoy, después de tanto tiempo, cuando vuelvo a percibir ese olor, se me agolpa al pecho mi vida escolar.

El Colegio estaba a una cuadra de la plaza, tocándose con los fondos de la Parroquia.

Sobre el campanario -rígido y atento como en sacra alcándara- ilustraba la torre sonora el cuervo de mi padrino.

En la Escuela todos los muchachos contaban una hazaña propia.

Quien había sacado un camoatí sin una picadura de las avispas; quien había cortado, con el carivete de su cometa, el hilo de la de un vecinito taita; quien había cacheteado al pendenciero Ibáñez; quien había cazado un chimango con la aripuca; quien había muerto un hornero sin que se le secara la mano; quien había enredado el baile de su trompo en el peinado de la maestra...

Yo no tenía hazaña. Era un niño irédito en aquel escenario de cachorros de circo.

Un día se me ocurrió ir a buscar mi hazaña.

La Vieja Sorda tenía un tataranieto a quien apodaban El Muleque.

Era redondo, áspero y callado. Al lado mío parecía un tatu cerca de una garza.

Mi padre había puesto una pulpería en la esquina del edificio grandioso de nuestra caserón.

Enfrente se achicaban las casas de la Vieja Sorda.

Una tarde, a la hora de siesta, me hallaba sentado en el umbral del negocio.

El Muleque andaba por atar a soga el petizo de la anciana.

Me le fuí encima y lo peché.

-Dicen que andás hablando mal de mí... y yo te voy a enseñar.

El Muleque me apretó por la cintura y me ajustó una zancadilla.

Fácilmente fuí revolcado. Y ya, sobre el pucho, empecé a asestarle una pedrea caliente de puñetazos, mordiscos y talonazos.

¡Quién iba a decirlo!

